



I CERTAMEN DE
RELATO CORTO



CASINO DE DALIAS



TERCER PREMIO

Título: EL LAÑADOR

Autor: Juan Carlos Pérez López





Sobre el autor...

Juan Carlos Pérez López tiene editadas tres antología de relatos y cuentos tituladas “Un racimo de Premios”, “Encuentros a la luz de la Torre Oscura” y “Encuentros por una Navidad Solidaria”, libros que recoge una selección de sus premios literarios conseguidos entre los años 2006 al 2017. Asimismo, muchas de sus obras han sido recogidas en diversas antologías. Su novela corta, titulada “Un desfile de sables” ha sido publicada por la



Fundación Alberto Jiménez Becerril de Sevilla. También está editada por la Editorial Autores Premiados la novela “Noche de Ramblas” que ha alcanzado la segunda edición. Su novela “Tres tumbas para un soldado” está editada por Anantes Editorial.

Además también tiene escritas 4 novelas cortas y 3 novelas, todas ellas inéditas. Ha sido finalista en los certámenes de novela corta Encina de Plata, Felipe Trigo, Giralda y Gabriel Sijé, así como en el certamen de Novela Histórica Hispania. Ha estrenado una obra de teatro titulada “Un ratico en la Pelu”.

Entre los más de ciento cincuenta premios recibidos el propio autor destaca los siguientes:

- Primer Premio en la modalidad de Poesía del XIII Certamen de Poesía y Relato Castillo de Cortegana (Huelva) con la obra titulada “Intervalos”.
- Primer Premio del Certamen Nacional de Relato Corto Fundación Villa de Pedraza (Segovia) con la obra titulada “La maleta de papá”.
- Accésit del X Certamen de Poesía y Cuentos de Navidad Ciudad de Melilla 2009 con la obra titulada “Una carta de Reyes en la telaraña del tiempo”.
- Primer Premio del XXIV Certamen Internacional Álvarez Tendero, de Arjona (Jaén) con la obra titulada “El silbato del tren”.
- Primer Premio del 47 Certamen Cuentos de Navidad “Gloria Fuertes de Elche” con la obra titulada “Un zapatero muy especial”.
- Primer Premio Certamen Internacional de Relato Villa de Montefrío (Granada) con la obra “Maestro o el guardián de la biblioteca de los libros perdidos”.
- Primer Premio del Certamen Internacional de Relato Leopoldo Lasala (Zaragoza) con la obra titulada “El taquillón”.



EL LAÑADOR

Juan Carlos Pérez López

EL LAÑADOR

Don Juan Balbuena

Sala El Sol, Madrid, primavera de 1984.

La emblemática sala de la *movida* madrileña ahora está desolada. Apenas hace unos minutos no cabía un alfiler, y entre tanto bullicio restallando entre sus cuatro paredes, el fragor de una lucha encarnizada de alegría y buen rollo alcanzaba su punto culminante. Ahora el desorden y los desperdicios esparcidos por el suelo le confieren al local la apariencia de un campo de batalla repleto de cadáveres tras la retirada en desbandada de las tropas en litigio. Las mesas simulan adarves abandonados desde los que se defendieron con uñas y dientes posiciones vitales frente al escenario, primera línea de combate de la fiesta. Todo está tranquilo; sobrevuela por la atmosfera, todavía muy cargada, una especie de calma tensa. El humo de los cigarrillos, quemados durante horas entre charlas, copas y música, quizá entre besos y caricias a media luz, se disipa despacio, del mismo modo que, empujada por un viento calmo, se retira la humareda que deja tras de sí el estallido de cientos de obuses, granadas y bombas en un punto e instante concretos durante el asedio a un bastión estratégico.

Estoy cansado; aún sudoroso. Y muy satisfecho de mi actuación. El corazón todavía lo tengo a mil; la carne de gallina; el vello como escarpías. Hoy he dado lo mejor de mí. Me he vaciado por dentro, como si fuera la última actuación de mi vida. Sin perder una milésima de segundo, cojo una silla al azar, sin reparar en que sea más o menos cómoda. Me siento en ella a horcajadas, emulando a un vaquero que ya está de vuelta de todo tras conquistar el oeste americano. El barman, sin decir ni media palabra, apoya su mano en mi hombro. Me acerca una copa de lima con tequila, mi combinación preferida. Él sabe en todo momento lo que preciso para sentirme bien; no en vano son ya varios los

El Lañador

años que llevo dando conciertos por aquí; a veces como telonero de grupos como Nacha Pop, La Orquesta Mondragón, Alaska y los Pegamoides, Seguridad Social, Los Secretos, y otras muchas bandas a cual mejor; a veces como solista en días en los que en la sala no actúan estrellas de relumbrón, pero en los que su clientela mantiene en alto el listón por pasarlo bien, con las mismas ganas de escuchar la buena música que yo, un carroza cincuentón, les ofrezco con mi saxo. Bebo un trago largo de mi copa, con el ansia voraz de un sediento. Respiro hondo.

El gerente del local ordena a las chicas de la limpieza que se tomen un respiro. Hace un gesto al pinchadiscos. Este me sorprende poniéndome una canción de fondo, cuyas notas rompen el silencio de manera apacible, sin hacer saltar en mil pedazos el remanso de paz en el que me encuentro sumido: "*Love ain't easy*", de Barry White, mi ídolo. La voz de ébano y acero del cantante negro, nacido en Galveston (Texas), envuelve mi ánimo en una tempestad de sensaciones seductoras que, espoleadas por un solo de saxofón inimitable, me transportan a un tiempo turbio y desafinado, donde me doy de bruces con el lañador Antonio Rosillo, un hombre afable que, como la brisa procedente de la montaña, llegó al pueblo en el que pasé parte de mi infancia.

El lañador era un hombre sencillo y humilde que te atrapaba con su mirada, alicaída pero limpia como el agua helada de los regatos que descienden por las estrechas gargantas de las sierras. De él aprendí infinidad de cosas, entre ellas, y sobre todas ellas, a amar la música en plenitud, con los sentidos a flor de piel. Tanto llegué a amarla que hice de ella mi modo de vida. Eso jamás podré dejar de agradecerse hasta el fin de mis días.

Aún me conmuevo de pies a cabeza al recordar el rostro cariacontecido de Antonio Rosillo, el lañador, tal cual quedó grabado en mis entrañas el último día que lo vi. El pobre hombre iba dando traspies por las calles, convertidas en auténticos barrizales tras la lluvia. Lo llevaban engrillado de pies y manos, como si fuera una mala bestia. La pareja de la Guardia Civil lo maltrataba de manera gratuita, propinándole culatazos de fusil del todo innecesarios. Era insultado sin venir a cuento. Querían humillarlo delante de la gente. Pero él mantuvo el tipo y la dignidad frente a las miradas insidiosas o compasivas por más que yo adivinase que en su alma se había desatado un aguacero de lágrimas que estaba desmoronando su integridad anímica. Cuando llegó la camioneta a recogerlo, sonaban las cinco en punto de la tarde en el reloj del ayuntamiento. Los ecos de las campanadas me parecieron lamentos que, por no ser testigos de la injusticia que estaban cometiendo con el lañador, corrieron a enredarse con la retama, el tomillo y las jaras del campo, así como con el rumor de los caños de los pilares y arroyos cercanos, donde apaciguaron su pena. Al subir al vehículo, Antonio Rosillo advirtió que yo estaba a tan solo unos metros de distancia, cogido de las faldas de mi madre, la cual se tragó el llanto y se aguantó las ganas de echarse encima de aquellos guardias uniformados que estaban cometiendo un atropello contra un hombre simplemente bueno.

Por mucho tiempo que pase, jamás olvidaré cómo él esbozó para mí una sonrisa entre gestos de sufrimiento. Me guiñó un ojo. Trataba de hacerme sentir, a pesar de que yo intuía que nada bueno le iba a ocurrir, que todo estaba bien, que no debía preocuparme por nada. Sin embargo, noté cómo el corazón se me abrió de dolor, como si fuera una granada madura. Sentí el miedo correr por mis

venas. Le sonreí. Pero en ese instante trágico, mi rostro estaba siendo arrollado por las cuentas sueltas, saladas y húmedas del rosario de tristeza que se acababa de romper en mi alma mientras observaba en la plaza aquella escena indigna, y del todo inapropiada para que quedase grabada de manera perenne en la memoria de un niño, de un zagal que entonces supo, por las bravas, de las miserias que puede tener la vida y que conoció de sopetón las bajezas que pueden llegar a cometer los seres humanos. Corrí detrás de la camioneta cuando echó a andar, hasta que enfiló la salida del pueblo, yo por entonces con el corazón desbocado. Sin perder un segundo, subí al campanario de la iglesia parroquial. Asomando casi todo el cuerpo por uno de los ojuelos, seguí con la mirada la marcha de la camioneta en la lontananza, hasta que quedó envuelta en una polvareda y la tierra se la tragó.

Me quedé atónito y sin aliento, mi boca ganada por un extraño sabor metálico. Una punzante sensación de desasosiego me apretaba el pecho, dificultándome la respiración. Al regresar a casa, yo como un cervatillo asustado, permanecí medio escondido en el regazo de mi madre, quien, con los ojos clavados en el fuego de la chimenea, seguía igual que en la plaza: mordiéndose los labios, y apretando los puños del tal modo que las uñas se le clavaron en las palmas de sus manos causándole alguna pequeña herida.

Pasados algunos años desde aquella fatídica fecha, me inicié en la música de manera profesional. No me ha ido mal en este negocio; quizá demasiado bien para mis méritos. Desde que la estrené hace ya varios lustros, todavía me piden en cada uno de mis conciertos determinada melodía. Nunca me hago de rogar. ¿Para qué? Si no me la pidieran alguna vez entendería que ha llegado la hora de retirarme de los escenarios, o de ponerme a tocar por las

calles o en las bocas de las estaciones del metro. Con todo el respeto hacia mi público, interiormente nunca dejo de tocarla para él, pero también para mi madre, como no puede ser de otro modo. Y lo hago con la misma emoción con la que el pianista Sam toca *“As Time Goes By”* para Rick e Ilsa, pareja de un amor imposible protagonista de la película Casablanca. Se la dedico solo a ellos. Porque las notas de la misma me salen directamente del alma, una heredad que yo tenía rota desde que mi padre nos abandonó y que el lañador recompuso lañándola con la tonada de su música para que yo me sintiera feliz de ese modo, él esperanzado en que ella germinase en mi espíritu de tal modo que algún día pudiesen disfrutar de ella cuantos la escuchasen interpretada por mí en un futuro más o menos cercano. No se equivocó.

Afuera llueve. Las gotas de agua elevan, como un fantasma que escapa de una tumba, una agradable y evocadora fragancia a tierra mojada que se adentra en la sala de fiestas por la puerta principal, abierta para refrescar y renovar el ambiente interior, muy saturado aún. Jarrea sobre el asfalto. El aguacero se intensifica conforme las primeras luces del alba definen de manera acuosa los perfiles de los edificios cercanos.

El día que conocí al lañador también andaba cayendo en mi pueblo el diluvio universal. Yo estaba en la escuela, enfurruñado por causa de un palmetazo que me dio el maestro por desentonar en el cántico de las tablas de multiplicar. Transcurrían los primeros años de la década de los cuarenta, una época en la que parecía que solo hubiese dos estaciones climatológicas: una muy corta, el verano, calurosa e intensa, y algo divertida; y otra infinita, en la que se fundieron durante muchos años el otoño, el invierno y la primavera para crear

una etapa siempre gris, turbia y colmada por nubarrones de melancolía y miedo, de celos y silencios... Entonces se colaron sus gritos al interior de la clase:

<< ¡El lañador! ¡El lañador! ¡Arreglo orzas, lebrillos, peroles y varillas de paraguas! ¡Pongo toda clase de lañas y realizo composturas!>>

Todos los chiquillos, saltándonos los gritos de don Nicolás, corrimos hacia la ventana. El hombre iba calado hasta los huesos. Daba la impresión de ser un fantasma que acababa de materializarse en medio del manto de agua que caía del cielo. La fina capa de bruma sedosa que brotaba del suelo, como una hoja de guillotina, le cortaba los pies a la altura de los tobillos, lo que le hacía parecer que avanzaba como si estuviese flotando en lugar de caminar. Por sus pintas, cualquiera hubiera jurado que era un fugitivo. Su rostro lo tenía chupado, y carbonizado por una barba de días, espesa y negra, que le confería un aspecto cadavérico con aquellas ojeras que, como bolsas de té colgando de sus ojos, sugerían que llevaba días sin dormir y comer.

Anduvo la calle de un extremo a otro, errante, sin que nadie le dirigiese la palabra o le ofreciese refugio para guarecerse del chubasco, pero todos siguiéndolo con la mirada desde el quicio de la puerta o apostados detrás de los visillos de las ventanas y balcones.

<< ¡El lañador! ¡El lañador! ¡Arreglo orzas, lebrillos, peroles y varillas de paraguas! ¡Pongo toda clase de lañas y realizo composturas!>>

Su pregón, que iba descascarillándose por momentos, se esfumó en cuanto dobló la esquina, del mismo modo que el eco de los ladridos de los perros que, hostigado por la cellisca, huye por las calles del pueblo en las

cerradas noches del invierno, hasta diluirse en los silencios oscuros y acuosos que airean los temores más ancestrales.

Oscureció rápido; en apenas unos minutos cuajó sobre las casas una bóveda gaseosa de luto helado. Apenas pegué ojo en toda la noche. Estuve largo tiempo pensando si la madrugada habría pillado a la intemperie a aquel hombre, alto, enjuto, tocado por un sombrero de fieltro negro, y vestido con un pantalón de pana y un chaquetón medio raidos y empapados hasta la última fibra, vestimenta que, a buen seguro, no le iba a defender de las inclemencias del mal tiempo que hacía. Sin embargo, me divirtió mucho recordar cómo con sus enormes botas chapoteaba en los charcos de agua y barro, el sueño de todo niño que estrena zapatos nuevos. Con esa imagen logré conciliar un poco el sueño, ya casi aconteciendo las claras del día.

<< ¡El lañador! ¡El lañador! ¡Arreglo orzas, lebrillos, peroles y varillas de paraguas! ¡Pongo toda clase de lañas y realizo composturas!>>

Me despertó su voz de latón, muy próxima. Me asomé por la ventana de mi cuarto. Allí estaba; abajo, junto a mi casa. Mi querida madre le había sacado un lebrillo matancero para que se lo arreglase, pues tenía una enorme brecha que yo le causé al darle un golpe mientras jugaba con él. Madre le ofreció un tazón de sopas en leche bien caliente, para que se le entonase el cuerpo. Bajé a toda prisa, saltando los escalones de tres en tres. Me corroía la curiosidad por dentro. Un lañador ¿Qué diablos era un lañador? Desde el zaguán oí a mi madre cuchichear con él. Al verme, el hombre advirtió a mi madre de mi presencia con la mirada, arqueando las cejas y señalándome con un gesto de la cabeza.

Guardaron silencio. Me pregunté qué diablos se traían entre manos mi madre y el lañador.

Mi madre y yo llevábamos un par de años viviendo en aquel pueblo. Habíamos llegado hasta allí procedentes de otra provincia, buscando trabajo y desertando con nocturnidad de la vergüenza social que por entonces suponía el que hubiésemos sido abandonados por mi padre, un jugador y bebedor empedernido que lo mismo me removía los cabellos con cariño que me soltaba una tunda de correazos sin venir a cuento. Quizá el hecho de que él se desentendiese de nosotros fue su mejor apuesta a nuestro favor, pues con ella nos ganamos nuestra suerte por más que al principio lo vivimos como una tragedia.

Algo me hizo pensar que no era la primera vez que se veían el lañador y mi madre, y que él había llegado al pueblo buscando a alguien. Pero tardé tiempo en saber a quién.

Tras zamparse el tazón de leche con pan migado, el hombre se descolgó del hombro la caja de madera donde guardaba las herramientas. Se puso manos a la obra, improvisando un taller en el zaguán de mi casa. Primero hizo una hilera de agujeros a ambos lados de la raja que inutilizaba el lebrillo; los realizó con un berbiquí de punta fina manual. Como quien enhebra una aguja, pasó a través de los boquetes las lañas o grapas de cobre que utilizaba para remendar los desgarrones de los trastos rotos. Preparó una pasta de cemento rápido que metió en la raja ayudándose de una varilla. Entonces, usando unas tenazas, tensó las grapas, para que la fisura se cerrara de manera definitiva mientras fraguaba la argamasa, soldándose las lañas al barro del lebrillo y posibilitando de

nuevo su uso en perfectas condiciones. Aquel arreglo parecía el costurón de un matasanos.

Antonio Rosillo estuvo meses por la zona, ofreciendo sus servicios por los pueblos de los alrededores. Pero procuraba dormir en mi pueblo, en un chamizo de nuestro patio que mi madre le cedió. Y así empezaron los rumores.

Tuve que aguantar carros y carretas de burlas e insultos. Pero la verdad solo era una: aquel hombre era un amigo de la infancia de mi madre que se quedó solo en el mundo al perder a sus padres en un bombardeo. Años atrás había sido músico, pero fue represaliado tras la guerra civil. Depurado y encarcelado, le prohibieron que volviese a ejercer su profesión tras salir de presidio. Por lo visto, había sido el director de la banda de música de mi pueblo de origen, un virtuoso del clarinete que se dedicó a subir la moral de las tropas republicanas con sus composiciones, lo que a punto estuvo de costarle la vida, aunque al final, gracias a unos avales, solo fue condenado a unos años de presidio a trabajos forzados, aunque gracias a su buen comportamiento fue indultado. Cuando lo excarcelaron tuvo que ganarse la vida como buenamente pudo, poniendo en práctica los secretos de profesión que le enseñó en sus años de cárcel un lañador que compartió celda con él y al que fusilaron, pues había formado parte de una partida de maquis que operaba por las montañas de Asturias, causando enormes bajas y quebraderos de cabeza a las patrullas de la Guardia Civil.

Durante varios meses, Antonio Rosillo me enseñó solfeo. Nos llevábamos bien, entre otras cosas porque no le prestamos mucha cuenta a los chismorreos que circulaban por el pueblo acerca de la extraña relación que se

traía conmigo y con mi madre. Con instrumentos rudimentarios, que él construía con sus propias manos, hice mis primeros pinitos musicales. Incluso me atreví a realizar composiciones que él me corregía entre bromas y enfados, pues algunas de ellas eran auténticos atentados contra los principios básicos de la combinación elemental de las notas musicales. De cualquier forma, me metió la música en la sangre, cambiando mi vida por completo.

El día de mi cumpleaños me hizo un regalo que jamás olvidaré: un pequeño saxofón de segunda mano que compró gastándose todos sus ahorros. A mi madre no le hizo mucha gracia aquella atención que tuvo conmigo, pero yo me sentí el crío más feliz del mundo. Me pasé la noche entera tratando de afinarlo, con el consiguiente enfado de mis vecinos. En verdad, el saxofón tenía algunas piezas rotas, pero él, con su maña y empeño, logró dejarlo como nuevo. Poco a poco le fui cogiendo el tono, y logré que de aquel instrumento empezaran a salir notas que, unas tras otras, sonaban como melodías que ya no incitaban a nadie a taparse las orejas con las manos, sino todo lo contrario.

Fue un vecino de un pueblo cercano quien lo denunció. Tal sujeto le pidió que le diera clases de música a su hijo. El lañador accedió. Pero el crío tenía un oído enfrente del otro; era un auténtico negado para la música. Aún así, el hombre insistió, y ante la negativa de Antonio Rosillo a perder su tiempo y a crear falsas expectativas al chaval, amén de no querer saltarse la prohibición que tenía de ejercer como músico, se negó en redondo a seguir con las clases. El padre montó en cólera. Le juró al lañador que se acordaría de él: <<Por estas. >> Juramentó en tono amenazante. Dos días después lo detuvieron.

Nunca más volvimos a saber de él, salvo que lo habían acusado de ser un enlace con los guerrilleros de los maquis que actuaban por la zona, una auténtica patraña que nadie podía creer, pero que a él le costó muy caro.

Cierto día, sacando fuerzas de flaqueza, me atreví a entrar en el cobertizo que ocupó Antonio Rosillo durante el tiempo que estuvo en el pueblo. Allí estaba su caja de herramientas. Una rabia electrizante, que se abrió paso en la boca de mi estómago, me hizo agarrarla con genio. La estampé contra la pared. Se rompió en varios pedazos. Me arrepentí al segundo. Cuando estaba recogiendo los trozos para recomponerla, me di cuenta de que tenía un doble fondo. Encontré una partitura escrita por Antonio Rosillo de su puño y letra. En ella aparecía un título: "*Latidos de amanecer*". En la soledad de mi cuarto la interpreté en un tono muy bajo, para no molestar. Era una deliciosa melodía de amor que él había compuesto para mi madre, mujer de la que él siempre estuvo perdidamente enamorado, y a la que buscó con ahínco al enterarse de que había sido abandonada por mi padre. Si tuvieron algo entre ellos, jamás lo sabré; pero a mí me gusta pensar que sí.

Después de tantos años, no hay actuación en la que no me pidan "*Latidos de amanecer*", de Antonio Rosillo. Antes de interpretarla dejo bien claro que fue compuesta por él. Con ella cierro cada noche mis conciertos. Cada vez que la toco, imagino que mi madre y el lañador, como dos enamorados, entrelazan sus manos en la pista de baile del cielo, como hacían en las verbenas del pueblo, y que bailan muy pegaditos mientras la escuchan interpretada por mí. Sé que así ocurre; al menos me lo susurra mi alma de niño, que siempre fue mimada por mi madre y recompuesta por el lañador.

El Lañador

Aún hoy, al caer en la cama, y mientras concilio el sueño tras una jornada agotadora, no dejo de percibir cómo el aire, que ulula afuera, me sigue trayendo a los pies de mi cama aquel pregón que cambió mi vida:

<< ¡El lañador! ¡El lañador! ¡Arreglo orzas, lebrillos, peroles y varillas de paraguas! ¡Pongo toda clase de lañas y realizo composturas! ¡El lañador! >>